

Hay libros que se prestan para un medio de transporte, pero también libros para cada destino. Un desierto o una montaña no sugieren la misma lectura. Elegir qué obras van en la maleta no es baladí; pueden marcar el viaje

Texto: Isabel Gómez Melenchón

LIBROS CON VISTAS

Italia romántica Lucy Honeychurch abrió su ventana de la pensión Bertolini de Florencia y descubrió que no tenía las prometidas vistas sobre el río Arno. Así comienza la célebre obra de 1908 de A.M. Forster *Una habitación con vistas*, cuya versión cinematográfica tanto influyó en atraer riadas humanas a la ciudad, de manera que si nuestra Lucy abriera hoy las ventanas sólo conseguiría un buen sofoco y una nada romántica visión de las masas que en verano, y no sólo ahora, llenan Florencia. Así que si el lector pensaba viajar a la Toscana y ambientarse con esta novela para ir haciendo boca, es mejor que la reserve para un momento más propicio, es decir, tranquilamente en la butaca de su casa. Lo mismo se podría decir de obras como *la Muerte en Venecia* de Thomas Mann: leerlas en una plaza de San Marcos rebosante de turistas con pantalón corto y un helado semiderretido en la mano es la mejor receta para que los canales pierdan su magia. Mejor elegir otra lectura.

Y es que viaje y libros siempre han ido juntos, antes, durante y después del periplo. Y de la misma manera que el medio de transporte influye en nuestra selección, también lo hace nuestro destino,



teniendo además en cuenta que cada vez hay menos lugares en los que aislarse, y si antes cada uno podía presumir de tener una lista de libros que se llevaría a una isla desierta (incluso existen en internet decenas de páginas con instrucciones para no *equivocarse* en la selección), ahora el problema es justamente encontrar la dichosa isla.

Australia o Botswana Una manera muy sensata de elegir la lectura consiste justamente en profundizar sobre las culturas o países que se van a visitar. Y no hablamos únicamente de las guías de viajes, ni de ensayos sesudos, sino de literatura, de novelas que, según el gran escritor israelí Amos Oz, son los únicos libros capaces de meternos en las cocinas y los dormitorios de otras gentes. Si vamos, por poner un ejemplo, a visitar Australia, podemos sumergirnos en obras que tratan de aquella cultura "desde fuera", es decir, que escriben sobre ella -viajeros como Bruce Chatwin y su conocido *Los trazos de la canción* sobre la civilización aborigen-, pero también podemos optar por descubrir la literatura del país, lo cual incluye un buen puñado de escritores, como el desaparecido Patrick White, premio Nobel de Literatura en 1973. Si nos

decidimos por Botswana, cada vez más incluido en la ruta de los safaris, podemos llevarnos en el equipaje una buena guía de animales y demás naturaleza, pero sin duda nuestro viaje se enriquecerá si al mismo tiempo también ponemos entre nuestras prendas alguna de las obras de Alexander McCall Smith y su agencia de mujeres detectives de Botswana. Además de disfrutar de su lectura, aprenderá sobre el país lo que no dicen las guías y se ganará las simpatías de los naturales de allí. Porque a todos nos gusta sentir que nuestra cultura es apreciada y despierta el interés incluso de quienes nos visitan.

Suecia y Londres Así que si pensamos viajar a otro país, no estaría de más visitar primero una buena librería y salir de allí con unas cuantas obras literarias escritas en aquellos lugares. Desgraciadamente, no todas las culturas han visto traducida al castellano o al catalán su literatura, pero vale la pena intentarlo y, si no es posible, buscar lo más cercano. Informarnos, conocer los problemas de las regiones que visitamos, meternos en lo posible en la piel de sus habitantes, nos ayudará a convertirnos más en viajeros y menos en turistas. Lo dicho también

EL DESTINO
CUENTA
AL ELEGIR
QUÉ LIBROS
METER EN
LA MALETA

UN VIAJE
ES BUENA
EXCUSA PARA
CONOCER LA
LITERATURA
DE ESE PAÍS

es válido para una estancia en países digamos más de nuestro entorno, y de la misma manera que escapar de los consabidos itinerarios turísticos nos puede descubrir aspectos no sospechados de los lugares visitados, lo mismo sucederá si rebuscamos un poco más en la librería. Por ejemplo, quizá los cuentos de la gran Selma Lagerlöf no sean lo más *in* del momento, pero nos zambullirán en el alma sueca tanto o más que los consabidos detectives ahora tan en boga. Igualmente, para quienes visiten Londres no estaría de más la lectura de cualquiera de las obras de Ivy Compton-Burnett o Nancy Mitford, ambas descriptoras -con una ▶



► prosa soberbia-, de la rancia sociedad británica, con sus tabúes y lugares comunes, y con obras publicadas no hace demasiado en Lumen y Libros del Asteroide. Y si uno además es aficionado a la novela policíaca, puede combinar ambas opciones con las novelas de Anthony Berkeley y su aristocrático investigador Roger Sheringham, de las que también Lumen acaba de publicar *El crimen de las medias de seda*.

Nueva York Hay libros para cada ciudad y ocasión: en Nueva York no nos faltará lectura, desde luego, y de gran actualidad. Pero una aconsejaría volver la vista atrás, hasta la Nueva York, no de Paul Auster, sino la de John Dos Passos: pese al casi siglo transcurrido desde su escritura, *Manhattan transfer* sigue conservando la esencia de la Gran Manzana. O las historias de *Vieja Nueva York* de Edith Wharton. La consigna, cuando hay tanto donde elegir, es huir de lo obvio, siempre que sea posible. Volvamos ahora, por unos instantes a Venecia, bajo la canícula, e insistimos en leer algo ambientado en una ciudad. En este caso, la elección es casi obligada. Una de las mejores opciones serían las novelas policíacas de Donna León (por cierto, inéditas en

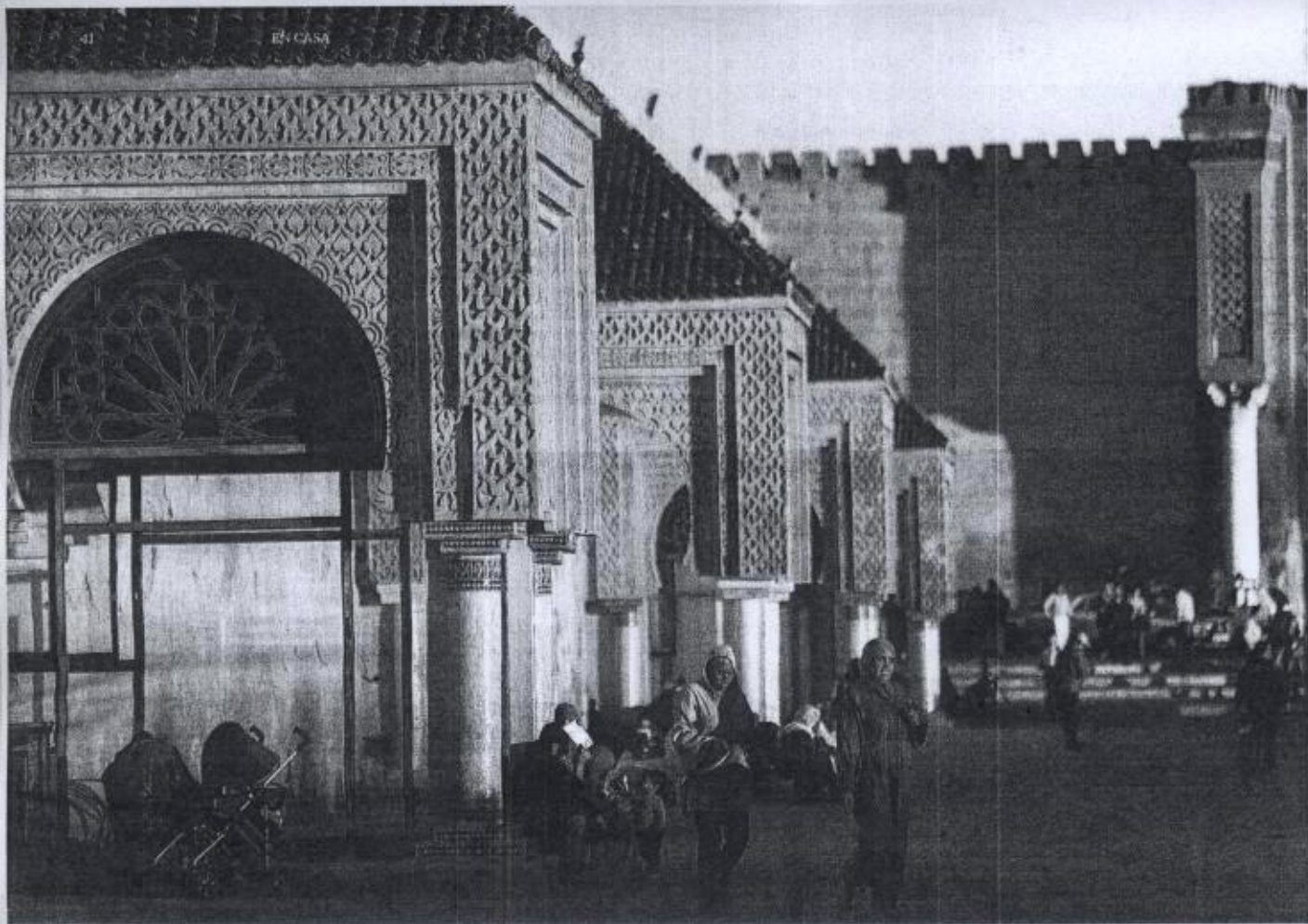
Italia); muchas de ellas transcurren en la ciudad de los canales, y visitar el teatro de la Fenice mientras tenemos recientes las líneas dedicadas a ella por la escritora italiana, que además reside allí, siempre es un plus.

Playa Si somos de los que una vez empiezan una historia de intriga, un buen thriller, no pueden dejar de leer, tengamos en cuenta que nuestros compañeros de viaje pueden acabar bastante cansados de nuestra insistencia en hacer pausas para poder sacar el ejemplar de la mochila. Una acaba de pasar por una situación similar con el último libro de John Verdon, *No abras los ojos*, de Roca editorial, y lo recomienda para un viaje largo, para una estancia en la playa, donde sólo las quemaduras solares conseguirán levantarnos de la hamaca, o para un clima lluvioso, sin interrupciones ni visitas que nos obliguen a dejarlo. Hay que tener en cuenta, no obstante, que cuando uno se lleva de viaje un libro de estas características no puede ser la única lectura que forme parte de nuestro equipaje, ya que nos durará lo que una vista despejada de las escaleras de la plaza de España de Roma con la llegada de veinte autocares de un crucero.

**HAY LIBROS
PARA CADA
CIUDAD:
LA CLAVE
ES HUIR DE
LO OBVIO**

**HAY QUE
CUIDAR LA
ELECCIÓN
PARA NO
CARGAR
DEMASIADO**

Desierto Para estos casos hay que prever otra lectura, así como para algunos destinos un tanto particulares. Pongamos que nos apuntamos a una ruta por el desierto. Muy inspirador, estético, incluso muy filosófico, pero un tanto repetitivo. Los libros pueden salvarnos de esos momentos de cierta desgana que inevitablemente nos llegan a todos. Pero hay que ser muy cuidadosos en la elección, por aquello de no cargarnos demasiado. Quizás no es el momento de repescar aquellas obras que nos interesaron durante el curso pero que no tuvimos tiempo de leer. Si no acertamos, cargaremos con un elemento innecesario y no es-



haremos en condiciones de sustituirlo. Mejor dejar para otra ocasión las obras completas de un autor centroeuropeo o similar, por más que la crítica las califique de "imprescindibles"; o la lectura largamente aplazada de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, y jugar sobre seguro: la trilogía de Naguib Mahfouz, las novelas de Amin Malouf o Lawrence Durrell, incluso *El cielo protector* de Paul Bowles, infinitamente mejor que la película rodada a su costa. Todas ellas nos envolverán como una segunda capa en el paisaje. Y para quienes gusten de la ciencia ficción con mayúsculas, los cielos estrellados, las noches sin mácula que estremecen por su vacío, constituyen el escenario perfecto para una revisión del gran clásico de Stanislaw Lem, *Solaris*, ahora traducido directamente del polaco por Impedimenta.

Una buena alternativa para asegurarnos de tener siempre una lectura que nos plazca a nuestra disposición es consultar con el resto del grupo (si somos varios en nuestros periplos) y ponernos de acuerdo para llevar libros de diferentes estilos que nos apetezcan a todos. Con eso habremos asegurado el tiro —alguno habrá que nos interese—, y todos

los podremos ir rotando. Otra idea práctica es ir dejando los libros ya leídos en los albergues, hoteles o casas donde estemos alojados; así otros viajeros podrán disfrutar de ellos (y nosotros de los suyos, si han hecho lo mismo) e iremos con menos peso.

Montaña y barco Un paisaje y escenario bien diferente requiere otro tipo de lecturas, como unas vacaciones en la montaña. La grandiosidad del paisaje mueve más a la aventura: desde una novedad actual con aires de western de siempre, *Resiste Tucson*, de Alber Vázquez (Inédita), hasta la moda actual (¿por qué avergonzarse?) de misteriosas profecías, tipo *El testamento Maya* y similares, o incluso a los grandes amores tormentosos, como la reciente *Una vida sin ti*, de Jean Rhys. Todo lo que sea magnífico, incluidas historias bélicas. Ahora es el momento de hincarle el diente de nuevo (o por primera vez) a las obras de Jack London, o de descubrir las vidas de una decena de viajeros (y viajeras) que se lanzaban por el mundo cuando no existía el *overbooking* pero tampoco los seguros de viaje. Y si nos da por la inspiración marina, *Moby Dick* resiste a los tiempos y a las modas, igual que *La isla del tesoro*, de Stevenson. ¿Estamos seguros

UN LIBRO
SIEMPRE
ES UN
VIAJE, SIN
NECESIDAD
DE MOVERSE,

UNO PUEDE
DESCUBRIR
NUEVAS
OBRAS O
RECUPERAR
CLÁSICOS

de haberlos leído, o nuestra memoria remite en realidad a las versiones cinematográficas más o menos afortunadas? Y si queremos aventuras en el mar más actuales, John Boyne nos proporciona una nueva mirada sobre *El motín de la Bounty*.

Descubrir, redescubrir, recuperar. Cualquier lectura es apta si al final nos quedamos en casa: tenemos la librería a la vuelta de la esquina si no encontramos lo que buscamos. Porque aunque sea en un sofá y con un ventilador, un libro es siempre un viaje, sin necesidad de movernos. Una ventana siempre con vistas. ■